

drugo de simpatía, o de compasión, o de indiferencia al menos. Es la expresión fugaz del alma buena y pura de una mujer que comprende que hace daño a la vista de las personas nerviosas y pide perdón anticipadamente de una ofensa involuntaria. Es el florecimiento de una alma dulce, en forma de sonrisa, en una boca horrible, como azucena en grosero tiesto.

Quién es ella? De dónde viene? Por qué insiste en mirarme? Ya su encuentro no me produce el calofrío nervioso que provoca en algunos la contemplación de un ser horriblemente contrahecho.

Ahora, me parece casi hermosa, no obstante su fealdad evidente, de tal modo conmueve su sonrisa.

Rubén Coto

La responsabilidad moral

—Me asombra tu impaciencia por conocer mi opinión sobre si moralmente somos o no responsables de nuestros actos.

—¿Es cuestión baladí? ¿Ignoras su trascendencia?

—Pues bien, sábelo: entiendo que lo somos.

—¿En absoluto?

—¿Tienes tú por igualmente responsables de sus actos al niño y al adulto, al loco y al cuerdo?

—Al niño y al loco no los tengo ni por responsables.

—¿Por qué?

—Porque carecen de discernimiento.

—¿Es igual en tu opinión el discernimiento de todos los adultos de sano juicio? ¿Lo es el del hombre culto y el del hombre bárbaro, el del instruído y el del ignorante, el del varón y el de la hembra? Que sea mayor o menor ¿depende sólo de que esté la razón enferma o sana?

—El bien lo distingue igualmente del mal todo el que está en la plenitud de sus facultades.

—¿Distingue igualmente la verdad del error?

—No.

—Y el bien y el mal ¿no son para la conciencia lo que la verdad y el error para el entendimiento?

—La conciencia es más segura.

—Es decir ¿más certera en sus fallos?

—Sí.

—¿Cómo no dice lo mismo en todos los hombres?

—¿No ha de decirlo?

—Matas en desafío al que te ultrajó

o al que ultrajaste: ¿qué dice tu conciencia?

Que hice bien si maté dentro de la ley del duelo.

—La mía dice lo contrario; condena el hecho, y lo califica, según las circunstancias de los combatientes, de homicidio o de asesinato.

Eres rico y vives principalmente de los frutos de la tierra. No la cultivas tú, sino tus braceros. Viven ellos en el trabajo, tú en el ocio; ellos en la escasez, tú en la abundancia; ellos sin más horizonte que el de tu campo, tú con extensos horizontes. No transmitirán ellos a sus hijos ni aun los arados con que abrieron los surcos de tu hacienda; y tú transmitirás a los tuyos heredades, títulos de la Deuda, palacios, lujosos trenes, rico mueblaje. ¿Qué dice sobre tan monstruosa desigualdad tu conciencia?

—¿Qué ha de decir? ¿Usurpé acaso mis fincas? ¿No las recibí de mis padres a título de herencia? Si otros las labran, ¿no retribuyo yo sus servicios con el jornal que ellos y mis administradores concertaron? ¿Tengo la culpa de que hayan nacido y mueran pobres?

—Habla de muy distinto modo mi conciencia. La tierra, me dice, es común a todos los hombres. Son sus frutos sólo para el que la cultiva. Si la labráis entre muchos, cada labrador ha de recibir de los frutos la parte proporcional a su trabajo. Tú no tienes, es verdad, la culpa de que unos hayan nacido pobres y otros ricos: sí, con todo, explotas en tu beneficio la pobreza, ¿no la tendrás acaso de que la